

rosamente al crecimiento intelectual y moral de estos pueblos, haciendo que, no sólo conservasen en su lustre las recibidas tradiciones, sino que granjeasen estimación por sus ingenios entre las naciones sabias, en tanto que otras gentes, ó por menos favorecidas del clima, ó por más indolentes y ceceras, libraron su bienestar en la caza y en la pesca, quedando por largos siglos envueltas en las nieblas de una barbarie y lastimosas ignorancia.

Resumiendo todo lo dicho, la razón más principal, y que ha quedado hasta hoy sin respuesta, es la identidad humana en todo lugar y tiempo. El hombre, en medio del torbellino de alteraciones en la fauna y en la flora, á pesar de las diferencias de tipos animales que en los tiempos cuaternarios sucedieron en América, Europa y Australia, ha guardado siempre la misma estructura, los mismos instintos, unas costumbres, igual cultura intelectual y moral, idéntico estilo en los tómulos, parecidas armas, semejantes invenciones, reproducción de ritos, repetición de industrias, persistencia en las mismas tradiciones, continuación de las mismas creencias, práctica de los mismos deberes; y cuando el mono siempre mono se quedó, y la abeja abeja, y el perro perro, y el atún atún; y cuando en la permanencia del instinto tenemos argumento firme de la unidad de la especie, porque ni las moscas hacen panales, ni las abejas silos, ni las hormigas cera, ¿cómo no concluiremos definitivamente que, pues los hombres han perpetuado sus propios instintos, no obstante la inmensidad de los océanos ni el transcurso de los siglos, son propia y verdaderamente miembros de una sola familia, hijos de un mismo padre, individuos de una misma especie, única y privilegiada?

Fijando ahora la atención en lo hasta aquí discursado, ¿qué juicio deberemos formar de la teoría de Agassiz, cuyos

principios parecen tan contrarios á los de Darwin? El valeroso Quatrefages, en su obra *L'espece humaine*, una de las más sabiamente escritas en esta materia, acomete la refutación de la hipótesis de Agassiz en el libro iv, y analizándola, señala los extravíos de este varón, tan benemérito por sus luchas con el darwinismo. «Agassiz y Darwin, dice Quatrefages, por haber querido atenerse á la morfología y desconocido la parte fisiológica de esta cuestión, dejándose llevar de la corriente de una lógica que partía de hechos incompletos, han llegado por caminos diversos á un resultado igual. Ambos desconocen este grande hecho, que el sentido común entiende, la ciencia demuestra y domina en zoolo-gía y botánica; á saber, la división de los seres organizados en grupos elementares fundamentales que se propagan en el espacio y en el tiempo. Empero Darwin, partiendo de los fenómenos de variaciones que ofrecen los seres, no ve sino razas en las especies; al paso que Agassiz, solamente atendiendo á los fenómenos de fijeza, viene á no ver más que individuos en la naturaleza viviente. Ambos olvidan que nuestro gran Buffon había caído en todos los extremos para venir á la doctrina que explica todos los hechos resumidos en estos términos: distinción de la raza y de la especie.» Y más abajo, añade: «Propio de Agassiz es haber dado al hombre por patria primera todo el globo, y haber admitido que las razas habían nacido como los animales y vegetales, teniendo cada raza un centro de creación... Pero en su expresión se esconden graves errores antropológicos.¹ Valos desentrañando y confutando el insigne naturalista con solidez de razones, según que hemos procurado hacer hasta aquí, sin dejar escapatoria á la más ciega terquedad.

¹ Liv. iv, chap. xiv.



CAPÍTULO XLVII.

LA VIDA RACIONAL.

«*Faciamus hominem ad imaginem... nostram.*» (V. 26.)

ARTÍCULO I.

El origen celeste del alma según los filósofos antiguos.—Sentimiento de los santos Padres en este particular.—El alma no se transmite por herencia.—El alma humana es principio substancial de la vida racional, sensitiva y vegetativa.—Condenación de la doctrina de Günther.

Cuán levantada sea la vida del hombre sobre la esfera de las vidas hasta ahora consideradas, infiérese bien del nombre Señor, que emplea el inspirado Moisés después de formado el hombre. Antes de criarle, se da Dios á conocer en calidad de Hacedor, y por tal le nombra Moisés con el atributo genérico de *Elohim*, excelso y adorable por excelcencia; pero criado que fué el hombre, apellídale *Jehová*, nombre sacrosanto, propio de Dios, que suena el ser que por sí mismo existe, inmutable é independiente. La Vulgata le traduce Señor para declararnos, como agudamente notó el P. Fr. Luis de León, que si mientras que existieron animales y plantas no capaces de entender el señorío de su Hacedor ni de reconocerle propiamente por Dios, no había por qué calificarle; pero nacido el hombre que le podía entender y no le podría ver en esta vida, era necesario que le nombrase¹.

¹ Nombres de Cristo, l. i, § ii.

Ya los Santos Padres repararon en esta mudanza de vocablos, y buscaron la razón. La de Tertuliano viene á ser ésta del Maestro León, que acabamos de apuntar. «Después de hechas las cosas, dice, y en particular el hombre que propiamente había de entender al Señor, es llamado Señor.²» Y san Agustín dijo: «Escribióse estas palabras, para avisar al hombre cuánto le convenga tener por Señor á Dios y vivir debajo de su dominio.³ La razón principal es que *Elohim*, significa á Dios como Criador y Gobernador; pero *Jehová*, representa la fidelidad de Dios en sus promesas, y denota la bondad divina en atraer al hombre y en comunicarle la revelación de sus secretos, como en otra parte se dijo.¹ ¿Qué quiere ser esta conveniencia, sino que el alma humana, imagen de Dios, sobrepuja y vence al alma de los brutos cuanto la capacidad de conocer y amar á Dios vence á la de sentir y vegetar? Tal es la excelcencia de la vida racional. De ella trataremos brevemente, apuntando las principales prerrogativas de nuestra alma.

Quienquiera que abra los escritos de los filósofos paganos, no podrá menos de quedar atónito viendo con cuánta

¹ *Adv. Hermog.*, iii.

² *De Genes. ad litter.*, l. xi.

³ Cap. viii, art. i.

cordura refieren el origen del alma humana. Platón, en su *Timeo*, introduce á la Causa primera, hablando á los espíritus sobre la formación de los hombres, en esta forma: «Espíritus, emulad mi poderío en vuestro nacimiento; yo os daré la semilla y el principio de aquel animal que se llama divino por su inmortalidad, y poseerá preeminencia: vosotros haced lo demás: unid y trabad lo mortal con lo inmortal». Y en el *Fedon*, describiendo el alma humana, dice que es partícipe de la naturaleza divina, que tiene parentesco con Dios, y es invisible, simple é inmortal. No otra era la doctrina de los pitagóricos, como testifica Cicerón en su diálogo *De senectute*, diciendo: «Oía decir que Pitágoras ni los pitagóricos dudaron jamás ser vuestras almas porción de la mente divina.» De los estoicos hace fe Séneca. «En los cuerpos humanos, dice, gérmes divinos están esparcidos.—Cuando amanezca el día que deba discernir esta mezcla de divino y humano». Y para resumir en breves términos cuanto creyeron los antiguos, baste el dicho de Macrobio: «Que el origen de las almas proviene del cielo, entre los que rectamente filosofan es sentencia indubitable».¹

Mas si convenían los antiguos en señalar á las almas origen celestial y divino, poco se conformaban en el tiempo de su creación. Aun en la edad de san Agustín no estaba definida la controversia si las almas proceden propagándose unas á otras, ó si son hechas de nuevo en cada hombre que nace, ó si se están almacenadas en algún lugar secreto, y de allí son enviadas á informar los cuerpos. Todavía, dice el doctor africano, no ha sido tratada por los católicos escritores esta cuestión, ni expuesta y declarada conforme á la obscuridad y complica-

ción que tiene; y si alguno ya lo ha hecho, no han llegado á nuestras manos sus papeles y tratados.² «Del origen del alma corren varias opiniones, sin presunción de afirmar las cosas.» Así san Isidoro, arzobispo de Sevilla³; y lo mismo repiten san Gregorio⁴; san Fulgencio⁵, san Enquerio, Salviano y otros. Mas con todo, ya defendía san Jerónimo abiertamente que era conforme á las enseñanzas de la Iglesia ser las almas criadas en el acto de formarse los cuerpos⁶; acompañándole en este sentir san Hilario⁷, san Ambrosio⁸, san Cirilo Alejandrino, san Gregorio Niseno, san Crisóstomo, san Juan Damasceno⁹, hasta que el Papa san León Magno condenó el error de Orígenes, que quería las almas todas criadas en el principio del mundo; y declaró ser doctrina de la Iglesia que son criadas en el acto, ni viven antes de estar los cuerpos dispuestos para hospedarlas.⁹

Una dificultad oponen á esta doctrina los modernos positivistas, que en substancia es como sigue. Si el alma fuese independiente de la materia y se produjese por vía de creación, no recibiría ni conservaría ningún resabido del cuerpo en que entró, ni de las almas de los mayores, y con todo, las almas de los hijos heredan las costumbres, ingenios, vicios y virtudes de sus padres. Para satisfacer á esta dificultad, veamos lo que heredan los hijos. Heredan ciertamente el carácter, el temperamento, las pasiones, los instintos, la salud, la enfermedad, la sensibilidad; pero no heredan el en-

¹ De lib. arbilr., l. iii, cap. xxxi.

² De Differ. spirít.

³ Ad Secundin., l. ix.

⁴ De Vera pradest., l. iii, cap. xviii.

⁵ Contra Rufin., l. ii; Epist. lxxxii, Ad Paumach.; viii, Ad Demetriad.; cxxxix, Ad Cyprianum.

⁶ De Trinitate, l. x.

⁷ De Paradiso.

⁸ De Fide or thod., l. ii, cap. xii.

⁹ Epist. xciii ad Tharib., cap. x.

tendimiento, porque éste no depende de órgano corpóreo inmediatamente, como veremos luego, ni de las facultades sensitivas; con que ni directa ni indirectamente se reciben por herencia las facultades propias del alma espiritual. Y aun dado que se heredasen las disposiciones intelectuales ó morales; pero no se hereda el uso y el provecho. Dicen que la herencia lo hace todo: falso apotegma. Porque así como en los brutos cada especie tiene determinados y constantes instintos; en los hombres, al revés, reina tanta diversidad, que no hay dos que posean un mismo carácter y manera de obrar. ¿Quién es el autor de tanta variedad sino el entendimiento que lo ordena y encamina todo á un fin diverso en cada hombre? Que si la generación tiende á hacer unas las cosas, del individuo proviene la diversidad. Dios y los padres comienzan la obra, el hombre la lleva adelante y acaba, de suerte que al libre albedrío débese todo el plan del edificio.

«Todo lo que pertenece á la naturaleza de la especie, dice santo Tomás, se lo dan los padres á los hijos, si ya no hay defecto en la naturaleza; y si la naturaleza es briosa, también les comunican algunos accidentes individuales, como bondad de ingenio, ligereza de cuerpo».¹ La razón es porque formando un solo ser el alma y el cuerpo, es fuerza que las aptitudes y disposiciones buenas ó malas se pasen del cuerpo al alma, cuando ésta entra á constituir con él una sola substancia. Además, es propio de la generación producir semejanza en el engendrado; y esta semejanza, dice santo Tomás, «no se hace en razón de la materia, sino de la forma del agente».² Ahora bien: de dos maneras puede la generación influir en las facultades intelectuales: indirecta y directamente. Indi-

rectamente, cuando, disponiendo los padres y transmitiendo las propiedades de su complexión, preparan el camino para que el alma del hijo se les asemeje y obre como ellos. Directamente, porque, según santo Tomás, «la diversidad y distinción de grado en las almas proviene de la diversidad del cuerpo, de suerte que cuanto el cuerpo fuere mejor acondicionado, más noble alma logrará, como quiera que todo lo que se recibe en alguna cosa se recibe al modo del recipiente: y así, de la diversidad de los cuerpos se sigue la diversidad de las almas». (*Cum anima non habeat materiam partem sui, oportet quod diversitas et distinctio gradus in animabus causetur ex diversitate corporis, ut quanto corpus melius complexionatum fuerit, nobiliorem animam sortiatur, cum omne quod recipitur per modum recipientis sit receptum... unde patet quod ex diversitate corporis animarum diversitas resultat*).³ «Por esto el hijo viene á recibir la naturaleza tal cual la tiene el padre».⁴ Los padres cooperan á la creación del alma humana de los hijos, y son como conciadores, en cuanto disponen la materia, en que Dios de por sí crea de nada las almas.⁵

De donde se concluye que la parte hereditaria del hombre, que le proviene de sus padres, no es el alma ni sus facultades intelectuales y superiores, sino aquellas disposiciones y aptitudes que tocan al cuerpo y penden del órgano corpóreo. No es, pues, el entendimiento, ni la voluntad lo que se transmite en la leche y en la sangre, y envuelto en cualidades físicas y fisiológicas. No basta la herencia; es preciso sobreponer alguna cosa original é innata que no se traspasa. Y aun las cosas dichas que pueden transmi-

¹ II Sent., dist. xxxii, q. ii, a. 3.

² Ibid., dist. xxxii, q. i, a. 1.

³ In IV Sent., dist. v, q. i, a. 2.

⁴ I p., q. lxxxii, a. 2.

⁵ I p., q. cxix, a. 2.

¹ Epist. 73 y 102.

² Soms. Scip., l. ii, cap. ix.

tirse por generación, de tal manera están en mano del hombre, que puede alterarlas, menoscabarlas y perfeccionarlas, y perderse con ellas á sí y á su familia. Tan falso es que la herencia tenga en los hombres tanto poderío. Por consiguiente, la llamada *herencia psicológica* se complace muy bien con la espiritualidad del alma; y no hay por qué ponderar la fuerza de esta dificultad, como hacen los modernos que la creen insoluble.

Asentado el origen divino del alma, razón será demostrar que es verdadera substancia y principio de nuestra vida. En el día de hoy los biólogos no dejan de reconocer que el movimiento vital tiene en el hombre una causa, que da perfecta unidad al compuesto humano y produce orden y regularidad en todos sus actos. Pero mandan á los psicólogos silencio y veneración acerca de la índole de dicha causa. Los fisiólogos no hacen gala, antes se avergüenzan de llamar el pensamiento *secreción* del cerebro, y confiesan que les es desconocida la causa que engendra el pensamiento; mas así como confiesan paladinamente su ignorancia, y para excusarla echan mano de una causa inaccesible, imposible de averiguar; así también quieren que los filósofos declaren que el autor de los actos vitales en el hombre es desconocido, misterioso y puesto fuera del alcance de nuestro entendimiento; porque para los fisiólogos, tan enterados estamos del principio de nuestra vida, como de la causa de la electricidad ó atracción universal. Este raciocinio merecería el desprecio de la verdadera filosofía, si no estuviese basado en un fundamento falsísimo que hace mucha resonancia en las polémicas modernas. Porque en nuestros días aun escritores menos materialistas caen en la indiscreción de llamar al alma humana *fuerza* derivada de la energía universal. El alma es *causa* y

principio de vida; no *fuerza* que se transforme en movimiento inmaterial: es una virtud substancial y activísima que de sus entrañas saca los bríos inmortales que tiene. Tratemos de corroborar esta verdad.

El alma humana recuerda, piensa, quiere y ejercita todos los actos que á estas tres cabezas pueden reducirse; mas no de manera los ejercita que agoten el poder de sus facultades, ni de tal modo emplea su vigor que pierda una mínima partecilla de su ser: prueba clara de que es substancia firme y estable, y sujeto único de los infinitos actos que en el hombre se manifiestan. Porque, consultada la experiencia, el que siente es el mismo que recuerda lo que sintió; el que raciocina es el mismo que quiere raciocinar sobre lo que vió. ¿Y cómo, sin perfecta unidad, subsistiría la conciencia y la íntima presencia del yo? Porque el que piensa hoy es el quiso ayer y el que resuelve querer para mañana: en medio de las oleadas de pensamientos y queres que van y vienen hay un ser que no muda, siente y sabe que siente, razona y sabe que razona, desea y examina sus deseos; es luego substancia el alma, y no manajo de ideas, ni amasijo de sensaciones, ni confusión de queres, como enseñan los materialistas.

Vanos son los esfuerzos empleados por desterrar los vocablos alma, espíritu, principio vital, como si ningún sonido hicieran y fueran meras abstracciones: en blanco les han de salir forzosamente sus esperanzas. Desterrar de los libros la noción de alma y de espíritu, es sacarla de sus quicios y hacerla fantástica y ridícula; viene á ser como discurrir sobre modificaciones sin substancia modificada, hablar de efectos sin causa, encarecer facultades y negar la raíz que las sustenta. ¿Qué hacen, pues, los positivistas, que ponen todo su negocio en ana-

lizar los actos psicológicos, cuando no pueden sufrir la vivísima luz del agente sin meterse en un laberinto de conceptos vanísimos y extravagantes? Llamam al alma *fuerza* por todo consuelo; pero, ¿qué fuerza será aquella que en algún ser no resida? ¿Qué suerte de energía la que no tiene quien la ejercite ó posea? Porque no es posible decir con Descartes que la facultad se identifica con el ser que de ella está dotado. Luego la fuerza no es la substancia del alma; y por consiguiente, el que percibe y experimenta mudanzas en sí, el que recuerda sensaciones pasadas, el que piensa y revuelve sobre sus pensamientos, el que quiere y ratifica ó muda su voluntad, es un solo y mismo ser, una substancia, el alma, principio de todos los actos vitales que en el hombre se ejecutan.

Porque no solamente es el alma principio de la vida racional; también lo es de la vegetativa y sensitiva. Á algunos escritores católicos se les escapó de la pluma el contrario error.

Lo primero, que en el hombre una sea el alma intelectual y sensitiva, declaró el sentido íntimo, testificando que los conocimientos y apetitos sensitivos pertenecen al mismo sujeto que los racionales: y, ¿cómo es posible que la noticia de actos immanentes, cual estos son, pase de un principio á otro? Y con todo, debería pasar si fuesen dos los principios radicales; y deberíamos experimentar los actos sensitivos como ajenos, ó al revés. Además, si sola el alma sensitiva fuera forma del organismo, y de esta junta surgiese un compuesto animal substancialmente unido, la unión de dicho compuesto con el alma intelectual sería muy accidental y no substancial ni verdadera, como debe ser. Finalmente, la conciencia nos dice que hay lucha entre las operaciones sensitivas y las intelectuales: ¿qué prueba esto, sino que no es doble sino único el principio de

ellas? que á ser doble, cada uno, en virtud de su immanencia, obraría de por sí, el mismo sujeto no se sentiría solicitado á bandos opuestos, la guerra sería de principios y no de operaciones; empero el hecho es que no tiene lugar la fuerza entre principios, sino entre actos, los cuales cuando son deliberados y sensitivos trabajan por sacudir el yugo y traer á su partido el consentimiento de la voluntad racional, y de aquí nace la discordia que en nuestro interior perpetuamente sentimos.

Lo segundo, que el principio radical de la vida sensitiva ó intelectual sea uno con el de la vegetativa parece también cosa clara. Porque aplicada la fuerza intelectual con intensidad al estudio, se debilitan las funciones vegetativas; así como un exceso en las operaciones vegetativas embota y trastorna la inteligencia, como cada día lo vemos. Además, pasiones que se despiertan en la parte sensible, hacen efecto en la vegetativa: el miedo estremece el corazón, y cubriendo de carmín el semblante, altera la digestión; el dolor, moviendo á lágrimas, perturba la asimilación; el gozo, ensanchando sus vasos, facilita la actividad orgánica. Pues si cada principio obra con immanencia en su propia jurisdicción, si cada principio se ayuda para obrar de sus órganos propios, si la vida vegetativa tiene los suyos que son diversos de los de la vida sensitiva é intelectual, si los unos pertenecen á las funciones de nutrición, los otros á las de relación, ¿con qué facultad podrían los unos impedir la obra de los otros y estorbarse mutuamente las respectivas funciones, si no fuese único el principio que las tres vidas gobierna y rige? Mas aquí es de advertir que la virtud ejercitada por el alma en cuanto principio vegetativo, no es racional ni sensitiva, sino simplemente vegetativa que es la más elemen-

tal que el alma posee», como notó el P. Lahousse¹.

Afirmar lo contrario sería incurrir en las doctrinas de Baltzer, discípulo de Günther, notadas de temerarias por la Santidad de Pío IX. Porque habiendo presumido Günther defender que el alma no es de suyo forma del cuerpo humano, fué corregido y condenado por Pío IX, como lo dice su carta al cardenal arzobispo de Colonia, de 15 de Junio de 1837. Mas buscando su discípulo Baltzer cómo excusar la condena sin enmendar su propósito, inventó un medio término, declarando que el alma era, cierto, *forma substancial* del cuerpo, como tantas veces habían definido los Papas, pero no era el *único principio* de vida que en nosotros hubiese. Á fin de tenerle la rienda al atrevido burlador, tornó el Papa Pío IX á significar blandamente su dictamen en carta del 30 de Abril de 1860, escrita al obispo de Breslau, en que, después de repetir la condenación de las doctrinas de Günther, añade estas gravísimas palabras en son de queja, ya que no fallando ni condenando como juez: «Se ha reparado que Baltzer en su obra, reducida toda la controversia á si existe para el cuerpo un principio vital distinto realmente del alma racional, ha pasado tan adelante en su temeraria pretensión, que declaró herética la doctrina contraria á la suya, y aun ha intentado demostrarlo largamente. Lo cual Nos no podemos menos de reprobamos, considerando que la doctrina que pone en el hombre un solo principio vital, es á saber, el alma racional, de la que recibe el cuerpo á la vez movimiento, toda vida y sentido, es muy común en la Iglesia de Dios, y, á juicio de los más de los Doctores y varones autorizados, está tan estrechamente trabada con el dogma de la Iglesia, que es la legítima y sola ver-

¹ *Prælect. Metaphys. specialis*, 1888; *Psychol.*, p. III, cap. XV, art. 1, n. 589.

dadera interpretación del mismo dogma, y, por consiguiente, no puede ser negada sin error en la fe.» Palabras de grandísimo peso que tachan de desatentado el empeño de poner en el hombre principio vital distinto del alma. Cayendo en este error Günther y Baltzer, no hicieron más que vestir con nuevas ropas los errores de Pedro Juan Oliva, condenados por el Concilio de Viena, á quien había precedido el moro Averroes, y á éste el hereje Apolinar en el siglo IV; quien, por haber enseñado que el Hijo de Dios en la Encarnación sólo había tomado el alma sensitiva y no la intelectiva, fué solemnemente reprendido por los Concilios orientales.

ARTÍCULO II.

Espiritualidad del alma.—Concepto de espíritu.—Existen substancias independientes de la materia.—Ideas universales.—Relación entre el cerebro y el pensamiento.—Juicio de los Escolásticos en esta parte.—El alma humana no depende de la materia.—Otra prueba de la espiritualidad.—El determinismo de la libertad moral.

ANTES de exponer la espiritualidad del alma, será oportuno declarar los conceptos de alma y espíritu. «Alma llamó santo Tomás, el principio de la vida en las cosas que viven¹»; y en otra parte «el primer principio y fuente original de las operaciones vitales²»: definiciones que, aplicadas al hombre, dicen ser el alma humana el primer principio de las operaciones intelectuales y vitales, como quiera que el segundo principio de los actos vitales y superiores esté asentado en las potencias. Conforme á esto, para definir el concepto de espíritu, sabido es que muy á menudo se toma la espiritualidad por la simplicidad, y de ahí nace grandísima confusión de ideas. Porque autores hay que

¹ *Ibid.*, q. LXXV, a. 1.

² *Ibid.*, a. 2.

colocan la esencia del espíritu en carecer de extensión de partes, y en no poderse dividir de ninguna manera; otros la cifran en no ser materia ni depender de ella en su esencia; otros la ponen en que pueda penetrar y actuarse en otro ser separado y distinto; otros en no ser sensible ni arrimado á cosa sensible; otros prefieren que el espíritu sea substancia concedora del sumo bien; otros estiman ser capaz de entender y querer; á otros les basta no ser cantidad ni inseparable de ella ni con ella perpetuamente unido con enlace natural. Estas nociones obtienen cada una sus patronos en el campo filosófico, conviniendo todos entre sí contra la gavilla de materialistas, en que el espíritu no es materia, ni de ella procede, ni tiene con ella que ver.

Dejando á la consideración del juicioso lector el examen de estas sentencias, plácenos entender por espíritu «una substancia de suyo independiente del cuerpo, y capaz de percibir todas las cosas». El espíritu puede existir sin el cuerpo y fuera del cuerpo; esta noble independencia en el ser y en el obrar es la prenda más segura de su prestancia y dignidad. El alma humana es espiritual, porque, aunque esté ligada al cuerpo, y obre con él, y necesite en muchos actos su concurso, todavía subsiste independiente, y puede vivir sin él en su natural condición¹; el ser además intelectiva le da eximia perfección sobre la materia, por ser ésta incapaz de pensar.

Pero los materialistas se obstinan en negar que exista cosa alguna independiente de la materia. No será dificultoso hacerles ver palpable su engaño. Lo primero, el hombre es capaz de conocimientos intelectuales, tiene idea de Dios, y concepto de los ángeles; de estas cosas discurren los filósofos gen-

tales naturalmente, y no sólo usaron de abstracción y juzgaron en estas materias, mas también concluyeron de premisas universales proposiciones muy espirituales y sutiles, y ajenas de cosa material, acerca de lo infinito, eterno, honesto y verdadero. De la experiencia de estos efectos es lícito concluir las facultades espirituales que en nosotros residen, y de las facultades subir á lo espiritual del principio que tales facultades posee. Porque si el hombre tiene poder para desnudar las cosas² y apurarlas de todo lo que es material, y sabe lanzarse por las entrañas de los seres á contemplar su esencia inteligible; si está dotado de la facultad de confrontar entre sí dos conceptos abstractos, que los sentidos no alcanzan, y de ellos afirmar ó negar la conveniencia que tienen; si es dueño para llamar á su tribunal dos términos cualesquiera, y comparación hecha con un tercero, sentenciar y declarar la rigurosa conclusión que del cotejo se infiere; si el hombre, revolviendo sobre sí mismo, discierne sus operaciones, cuenta sus actos, los analiza, aplaude ó condena, y viene á ser su conciencia principio y fin, objeto y sujeto del propio conocimiento; si, finalmente, todos estos actos los hace con tanta facilidad y ligereza, á todas horas, en todos tiempos, sin que haya quien pueda irle á la mano, ¿cómo siendo los objetos de estos actos ajenos de materia, puros y acrisolados, no diremos que son sutilísimas y espirituales las facultades que en ellos entienden y se ocupan? Y siendo espirituales las potencias, no hay duda que sea espiritual la substancia en que se reciben y arraigan, porque el modo de obrar remeda y va conforme al modo de ser.

De aquí es que la facultad de inventar sea propiedad del hombre. Cuando Franklin decía que el hombre es un animal que se fabrica instrumentos,

¹ Suárez: *Metaphys.*, disp. XXXVI, sectio 1.

decía una gran verdad; porque encarecía la razón y la libertad, y el poderío de levantar ciencias y artes, la traza de suplir con el discurso la falta de armas de defensa, el medio de proveer al pudor y decencia, y la manera de campear sobre todas las dificultades de la vida física y moral. Es verdad que el mono emplea para romper nueces piedras redondas; mas de su industria es imposible subir al arte de afilar y á la invención del fuego y otros artificios, como intenta Lubbock hacernos creer¹. Por este camino, ¡cuántos absurdos nacerían! El animal que sale de la línea de su instinto, da en estupidez extremada; lo contrario le sucede al hombre. Por eso los animales que hacen tan asombrosas obras son los que tienen de hecho menos ingeniosidad.

Por el contrario, tan levantada es el alma humana, que si no anduvieran sus actos envueltos en imperfecciones que mostrasen bien el hilo de su limitada condición, vendríamos á pensar, como muchos paganos pensaron, que sus inteligencias pertenecen y tocan al orden divino. Pero ya que no sea divina su substancia, parentesco tiene y semejanza grande con la divinidad. El poder intelectual no es como las facultades orgánicas, que con el uso se gastan y embotan sus filos; antes cuanto más se usa y afina, más energía saca, más altamente se remonta y más íntima y totalmente penetra las asperezas de la verdad. Y aunque el hombre sólo por conducto de los sentidos recibe noticias de los objetos, y sin tenerlas de antemano apercebidas no sabe entender ni querer, como quien ha menester imágenes y representaciones de la fantasía para pensar y discurrir; mas esos no son sino preparativos y aparatos, útiles para abrir la puerta, dar salida á las concepcio-

nes mentales y disponer la trama con que tejer la tela; los cuales, si son necesarios en el estado presente, no lo son separada el alma del cuerpo; pero con todo, como enseñan Losada², De Benedictis³, Mayr⁴, el entendimiento, tomando entre manos la urdimbre de las potencias inferiores y obrando en ella, saca un tejido de discursos muy de otra hechura y condición que el que la imaginación representó, y aun corrige con su agudeza los yerros de los sentidos, con que demuestra la generosidad de sus vuelos y la bizarría de su poder.

Este raciocinio nos conduce á la existencia de los conceptos universales; cuestión importantísima y que conviene poner en su punto. Á ningún otro blanco asestan sus dardos los materialistas con más furia que á las ideas universales. Concederán que el hombre conoce los objetos individuos, otorgarán que tiene conceptos de cosas sensibles, confundirán, como Huxley⁵, el pensamiento con la memoria, cifrarán la conciencia, como Moleschott⁶, en vibración cerebral; mas, en sonando en sus oídos ideas universales, convertidas en espinas las flores, las apodarán de falsas, como las apellidó Stuard Mill, las calificarán de nombres sin sentido, como las califica Tayne⁶: tal es la ojeriza que las tienen. Pero, ¿cómo sin ideas generales sería dable la ciencia? Porque ella se ceba, no de nociones individuales, sino de abstractas, y de principios comunes, como la matemática, que cuanto más comprensivos y dilatados son, más alta ciencia constituyen. ¿Cómo sin conceptos universales podrían raciocinar? Porque el raciocinio

¹ De Anima, disp. II, cap. I.

² T. III, l. VIII, q. I, cap. VIII.

³ Pars IV, disp. IV, q. I, a. 2.

⁴ Revue scientifique, 1871, p. 579.

⁵ La circulation de la vie.

⁶ De l'intelligence, t. 34.

¹ L'homme avant l'histoire, chap. XIV.

no se hace con solas ideas singulares: ni nombres comunes, ni definiciones propias, ni noticia de géneros y especies, ni vocabulario, ni lenguaje, ni comunicación de ningún género sería posible sin el uso frecuente de conceptos universales.

¿Qué diremos, pues, del nominalismo, que despoja los nombres de su significación? ¿Que sonarían las voces comunes si no señalasen notas comunes? ¿Que indicarían los vocablos abstractos si no representasen propiedades pertenecientes á muchos individuos? Atinadamente santo Tomás diferencia el entendimiento del sentido, en que éste únicamente hace presa en las cualidades sensibles y de sobre-haz, aquí se engolfá y penetra hasta los tuétanos de las cosas¹. Pues como la esencia esté enrañada en el concepto universal, porque el conocimiento la extrae, después de desbastarla y purificarla de la maleza de condiciones materiales, y la presenta limpia y resplandeciente y dispuesta á ser amoldada á todos los seres de su misma condición; viene de aquí que, cuando el entendimiento la mira y de asiento la contempla, descubre en lo sensible lo insensible, en la existencia la esencia, en lo material lo inmaterial, en lo concreto lo universal; y por el mismo caso, una potencia que cogiendo altísimo vuelo se levanta por una región superior á los sentidos y señorea cosas tan apartadas de la materia, por ningún modo podrá ser material ó dependiente de cosa parecida. Esto es lo que hace el alma. ¿Cuánto lo universal hizo efecto en los sentidos del cuerpo? y le hace en el alma. ¿Dónde se han visto notas comunes que tengan bulto y figura capaz de causar impresión en los sentidos? y la causan en el alma. Luego no son los conceptos universales obra de poten-

cias orgánicas, ni pueden caer en su jurisdicción y dominio. La sensación se ocupa en lo corpóreo y contingente, el pensamiento vuela por lo inmaterial y necesario; aquélla sigue el estilo grosero de los órganos, éste se alza sobre sí en alas tanto más sutiles cuanto más alejada vive de lo terreno; aquélla para obrar ha menester aparatos de órganos y de objetos á punto, éste sin jarcias de órganos navega por desconocidos rumbos y explota venenos de originales productos.

Pero el cuerpo tiene su parte en la producción de los pensamientos; los que se labran en el espíritu sin alteración ni concurso de órgano corporal, no se producen regularmente si el cerebro no está dispuesto y en su debida sazón, y este es el motivo más poderoso que esfuerzan los materialistas para negar al alma la espiritualidad; tanto, que Büchner llega á decir que el cerebro y el pensamiento de manera andan colgados el uno del otro, que no puede el pensamiento existir ni ser imaginado sin el favor del cerebro.

Para desenvolver enteramente este sofisma, será bien recordar la doctrina de los Escolásticos. Tenían por averiguado que para hacer el entendimiento sus conceptos debía servirse de la fantasía: ésta le presentaba imágenes, para que él afinándolas elaborase especies inteligibles. Era, pues, la fantasía para ellos un instrumento secundario, que servía al alma materiales toscos para su primorosa labor; pero el entendimiento era el agente principal que tenía ocupada su virtud en adelgazar y perfeccionar las ideas. Y, por consiguiente, no querían que el cerebro fuese la fragua donde se forjasen los pensamientos, como enseñan los materialistas; solamente le daban honroso lugar entre las condiciones necesarias para llevar adelante la obra².

¹ S. THOMAS: I. p., q. LXXIV, a. 6, a. 7.—SUÁREZ: De Anima, l. IV, cap. X.

¹ II. II., q. VIII, a. 1.

En tanto grado creían ser esto verdad, que estando impedidos ó lisiados los órganos de los sentidos, decían que el entendimiento quedaba privado de las nociones intelectuales acerca de la materia propia de aquellos órganos, y que por el mismo caso alterado el órgano de la imaginación no podía el hombre hacer recto uso del entendimiento ni discurrir con aquel tino que pedía su nativa facultad¹.

Descendiendo en particular al cerebro, los materialistas porfían que el entendimiento tenga allí su órgano propio, al modo que le tienen la vista y el oído, y otro tanto piden para la voluntad: de modo que para ellos el cerebro es el molde donde se vacían las ideas y voliciones. Los Escolásticos no discurrían tan toscamente: no enseñaban que el cerebro fuera sujeto inmediato ó intrínseco, sino solamente condición previa y necesaria para que el entendimiento pusiese en obra su virtud. Sin salir de esta diferencia que señala al cerebro lugar secundario, afirmaban resueltamente que de la perfección el cerebro dependía en gran parte del ejercicio del entendimiento, y aun el grado y poder del humano ingenio; que cuanto más enteros y perfectos fuesen los sesos, mayor servicio y mejor oficio podrían prestar al hombre en el uso de sus facultades intelectuales². De aquí santo Tomás deducía que el hombre, por el hecho de ser discursivo, debía poseer un cerebro más voluminoso y cabal que los demás animales; y aun entre hombres no media la perspicacia ó la torpeza del entender por la condición del entendimiento, sino por la mayor ó menor habilidad del órgano³. En la espinosa cuestión sobre si las facultades intelectuales son más perfectas por ser el cerebro de mayor volumen, ó si el ce-

rebro se hace de mayor volumen á causa del ejercicio de las facultades intelectuales, algunos modernos opinan que, según el dictamen de los fisiólogos «el ejercicio desarrolla los órganos», y la cultura de la razón hace crecer el volumen cerebral⁴. No nos toca resolver. Pero concedámosles que de las dimensiones y manera de ser del cerebro penda ordinariamente el poderío de la humana inteligencia; lo cual no es, cierto, fruto de la moderna especulación; empero no les concederá la sana filosofía que esta evidente relación arguya alma material ni derogue un punto á su perfecta espiritualidad.

Sirva de confirmación la voz del fisiólogo Claudio Bernard. En la controversia agitada entre los peritos si el cuerpo humano repara de continuo la materia de sus órganos, ó si dura siempre la misma sin mudanza, inclinándose á la incesante renovación, dice así: «Todas las partes del cuerpo van sujetas á un perfecto movimiento de transformación. Cada día perdemos parte de nuestro físico y sustituimos lo perdido por el sustento que tomamos, con que á la vuelta de unos ocho años, carne y huesos son reemplazados por carne y huesos de nueva compostura.... La caja misma del cráneo no encierra en el día de hoy la materia que encerraba unos ocho años ha. ¿Cómo es, pues, que en medio de tantas mudanzas nos acordamos de cosas vistas y oídas hace mucho más de ocho años? Si las cosas se quedaron aposentadas y embutidas en los lóbulos del cerebro, según quieren ciertos fisiólogos, ¿cómo pueden ellas sobrevivir, habiendo los tales lóbulos desaparecido del todo? ¿Los lóbulos ya no son, y la memoria guarda fielmente custodiado el tesoro de sus ideas? Luego otra cosa hay en el hombre además de la materia: esa

¹ SUÁREZ: *De fine hominis*, disp. II, sect. 2.

² D. THOM.: I p., q. xci, a. 3.

³ *Cosmocrónicas*; *De Anima*, cap. I, q. V, a. II.

⁴ DR. HENRI DESPLATS: *Revue des quest. scientíf.*, 1878, p. 259.

cosa es el alma.» Ilustre y claro testimonio.

Muy justa es la advertencia que el Dr. D. Antonio Fernández y Fajarnés hace en este lugar de Claudio Bernard¹ para deducir que la memoria, según este fisiólogo, es propia y exclusiva facultad intelectual, y para convencer de error á un licenciado en medicina y cirugía, de quien haremos luego mención. Conviene distinguir las partes sensitiva é intelectual que en la memoria concurren. Porque oficio de la memoria es conservar las especies de las sensaciones recibidas y renovarlas á su tiempo, y esta es memoria sensitiva, que de los órganos depende; pero, además, la memoria conserva y reproduce las ideas intelectuales, y esta es memoria intelectual, que en nada difiere de la facultad de entender, como tienen los filósofos². Así que la memoria sensitiva es orgánica, la intelectual no; lo cual si hubiera sabido el médico susodicho amonestado por el Dr. Fajarnés, no habría deslizado en teorías peligrosas y vecinas del materialismo.

Otra prueba de la espiritualidad se saca del dominio y rumbo de la voluntad humana. El hombre, traspasando los límites de la esfera sensible, mueve armas contra los vicios, quebranta sus inclinaciones, enfrena sus codicias, desecha los deleites terrenos, da de mano al horror de la muerte y vence todo el peso que le atrae y convida al amor de lo material; por el contrario, anhela la perfección del espíritu, abraza los dictámenes de la ilustrada razón, sigue los atractivos de la virtud, se complace en cosas espirituales, se goza con bienes invisibles, impaciente corre en pos de la sabiduría, vuela presuroso al bien infinito, descansa en el amor de Dios,

tiene como debajo de llave firmes esperanzas de gozar de su presencia, sin que á veces basten promesas, amenazas, tormentos ni muertes para hacerle blandear ni aflojar un punto de la prosecución del intento que una vez acometió. Si, pues, el hombre libremente y por su elección suspira tras las cosas insensibles, y en su posesión descansa, y con su gozo vive en paz, debemos decir que siendo los dichos bienes de metal tan levantado no es su alma de peor condición, sino de más noble linaje. Los materialistas que aniquilan la grandeza de la libertad humana, no se darán por vencidos á la fuerza de este argumento; mas si advierten que la conciencia considerada muy de reposo atestigua claramente que hay en nosotros potencia libre y desembarazada para querer ó no querer, «podrán, dice Suárez, los protervos hallar excusas y pretextos para poner duda en la conclusión, pero bastará mirar despacio y examinar nuestro ordinario modo de proceder para dar solución á todas las objeciones»³.

Si esto es así, como de verdad lo es, las operaciones del entendimiento y de la voluntad nos declaran con evidencia que la raíz de estas facultades es espiritual y desnuda de toda materia, como lo son ellas propias. Amplia y gallardamente expone el Angélico Doctor esta doctrina en muchos lugares de sus obras, pudiendo asegurarse que á ellas como á arsenal han acudido por armas contra el materialismo cuantos con él han lidiado.

En pro de la espiritualidad del alma suelen alegar los modernos el dicho de Claudio Bernard, por ser de peso la suficiencia de su nombre en el ramo fisiológico. No pongamos dolo en las declaraciones que hace en sus *Lecciones sobre los fenómenos de la vida* acerca del alma, de sus actos simples, de su espiritualidad y libertad; mas,

¹ *La Psicología celular*, cap. VII.

² PALMERI: *Antropología*, cap. VII, a. VII.—CARDE-
NAL ZIGLIARA: *Psicología*, I, IV, cap. I, a. III.

³ *Metaphys.*, disp. XIX, sect. II.

digámoslo con lisura, no es sino muy difícil componer entre sí los términos por él usados. Además de repetir á cada paso la repugnancia de conciliar la filosofía con la fisiología, como en otra parte se dijo, aplica, aun al hombre, su famosa ley del *determinismo*, con tan absoluto rigor, que parece sujetar á su yugo y tiranizar los actos de la vida racional, convirtiéndolos en fatales y necesarios. Porque claramente dice que «los fenómenos del alma para mostrarse han menester condiciones materiales puntualmente determinadas»: también añade, que «las manifestaciones del alma van sujetas á condiciones físico-químicas, que son verdaderas leyes y no cosas del acaso ó del antojo». Ni más ni menos que lo asentado acerca de los brutos¹.

Si, pues, nuestros actos exteriores están atados á leyes y no son productos del antojo, ¿para qué obras queda libertad? Porque nuestro albedrío da muestras de su lozanía en obrar, livianamente sin sujeción á ley, sin norma que rijan, con soltura y por capricho. ¿Cómo, pues, se compadecen ley y soltura? Dirá M. Bernard que si quiero andar, bien puedo querer; pero no andaré sin echar el paso; y no le echaré, á no menear el pie; y no le menearé, si no encojo primero los músculos de la pierna. ¿Mas qué leyes son estas que traben los actos del alma? ¿No soy yo señor, aun pudiendo mover el pie, de estarme quedo? ¿No soy mío para determinarme de presente á levantarme dentro de una hora? Soy libre en la actualidad, puedo querer ó no querer, esto ó lo contrario, estoy dotado de esta facultad, pondré mi querer por obra cuando pueda sin estorbo; pero mi voluntad se quedará tan libre si tiene, como si deja de tener condiciones anatómicas y físico-químicas: en todo caso, no hay condición ni imposible que pueda mellar la entereza de

¹ V. cap. xxxii, art. iv.

mi albedrío. Por consiguiente, ó el determinismo es juego de palabras, ó desmorona y arruina la entereza de la humana libertad.

«La buena fe, dice el P. Hahn, le excusó á Claudio Bernard para que hiciese causa común con los enemigos de la libertad humana: es digno de loa por haber hecho popular y agradable la exposición de sus principios; pero, sin notar el mal tercio que á la causa de la verdad hacia, anduvo desaceratado en querer reducirlo todo á la medida de su determinismo. Lo que no se nivelaba con él, lo forzaba, oprimía y rodeaba de modo que encajase en su arbitrario molde; y de esta aplicación contranatural hemos visto nacer una teoría, el *determinismo de la libertad moral*, que muestra bien claro su peregrina invención².» No así pensaba Clemente Alejandrino, cuando escribía: «Una de las más admirables obras de Dios es conservar la naturaleza del hombre en su libertad³.» Añadamos por todo consuelo la reflexión de E. Chauviard: «Ha sido menester mostrar los puntos flacos que tiene la obra de fisiología general acometida por M. Claudio Bernard. Con todo eso, las inconsecuencias y miserias que esta obra descubre no desdoran su carácter doctrinal».

ARTÍCULO III.

Es imposible señalar lugar en el cerebro á las facultades intelectivas, por no ser el cerebro órgano del entendimiento.—Lo que no tantearon los filósofos pasados lo pretenden los modernos, pero sin sombra de razón ni fundamento.—La ley de Weber.—Diferencia del alma del bruto á la del hombre.

EMEROSOS los materialistas de que quede el campo por la sana filosofía, ponen todos los andamios y puntales que pueden á su cas-

¹ *Revue des quest. scientifiques*, 1880, p. 490.

² L. 1. *Pedagog.*, cap. xi.

³ *La vie, études et problèmes de biologie générale*,

1878, p. 160.

tillo encantado, que ya se bambolea y amenaza dar consigo en el suelo. Vanamente trabajan, si piensan darnos razón, sin salir del cerebro, de todas las operaciones psíquicas. Eminentes fisiólogos han metido las manos en este preciosísimo órgano: Flourens, Magendie, Longet, Foville, Vulpián, Bernard, Bell, Schiff, Müller, Pfüger, y ninguno de ellos ha bastado á señalar en él asiento á las facultades humanas, aun dado que declarasen que la actividad de nuestro entendimiento se ejerce mediante el cerebro, como tenían los Escolásticos¹. ¿Qué digo si tuar las facultades? Pero ni aun acertaron á diferenciar el sitio de las sensaciones del sitio del movimiento. Con todo eso, la anatomía entabla alguna relación entre el desarrollo de las potencias intelectivas y el de los hemisferios cerebrales. «Al paso que las potencias se perfeccionan en la serie animal y en los individuos de una especie, dice Meckel, la masa cerebral crece para arriba, hacia adelante y á los lados, los hemisferios se ensanchan respecto de las partes inferiores del encéfalo, y el cerebro toma creces sobre el cerebelo².» Estas palabras no han de entenderse á la letra: no son infalibles ni absolutas. ¿Quién ignora que la superficie cerebral del carnero es mayor, á proporción, que la del perro, siendo mucho menor el instinto de aquél respecto de éste? Según la cuenta de M. Broca, los sesos de una mujer de 41 á 50 años pesan 1261; los del hombre 1391. También la capacidad de los cráneos europeos es de 1460 á 1530 centímetros cúbicos; la de los negros, de 1228 á 1253. No se hartan de revolver cabezas los que se tienen por de algún saber, pero á los materialistas no les sale la pretensión al talle de sus intentos.

Que el cerebro sea fragua del pen-

¹ V. cap. xii, art. n.

² *Man. d'anatomie*, 1875, t. 1, p. 271.

samiento, que la fuerza del entender consista exclusivamente en la magnitud de los sesos, que la capacidad de la cabeza demuestre infaliblemente el grado de inteligencia, que los talentos se pesen por adarmes, son proposiciones muy fáciles para decirse, pero arduas para probarse; ni se han probado ni se probarán jamás. El fisiólogo Wagner observó 960 cabezas, y repartiéndolas por orden de pesos, halló que varones de grandísimo ingenio ocupaban muy bajo lugar en la escala de los cerebros³. Sin ir tan lejos, abriendo la historia, ¿no vemos cómo van cayendo unos pueblos del estado de floreciente cultura en el desalmanamiento de la barbarie, al paso que otros se levantan de su abyección á la cumbre de la policía, sin que por eso tenga menoscabo ni ventaja la forma de los cráneos ni la cantidad de los sesos? ¿Quién, pues, será tan insipiente que quiera medir á pulgadas la rudeza ó la agudeza de los ingenios?

Sin embargo, muchos filósofos, dando por puntual la relación entre la masa del cerebro y las potencias del alma, pensaron que en el encéfalo descubrirían forzosamente, además de los centros de la vida sensitiva, los de la intelectual y moral; vanidad que les puso en el deseo la pretensión de *localizar las funciones cerebrales*, y de señalar á cada facultad su estancia correspondiente en la masa encefálica. Entre los que tantearon esta empresa en el siglo xvii, fué señalado nuestro español el Dr. D. Juan de Huarte de San Juan, en su libro *Examen de los ingenios para las ciencias*, donde resuelve que el cerebro es el instrumento que la naturaleza ordenó para que el hombre fuera sabio y prudente, y describe con esmero las condiciones que los sesos han de tener para que puedan cómodamente ser de provecho

³ *Journal des savants*, 1862, p. 233.

al alma racional. No señaló este entendido médico el oficio de cada lóbulo; tuvo por más acertado no destinarles tarea particular, y así dice: «Todas las tres potencias están juntas en cada ventrículo, y no está sólo el entendimiento en el uno, ni sola la memoria en el otro, ni la imaginativa en el tercero, como los filósofos vulgares han pensado».

Mas por lo que el P. Fr. Luis de Granada, que fué contemporáneo del doctor Huarte, nos dejó escrito, puede entenderse qué doctrina corría entre los filósofos vulgares que concedían algún lugar á las potencias del alma. «Los sentidos exteriores, dice el P. Granada», van á rematarse en un sentido común, que tenemos en la primera parte de los sesos... Después de este sentido común está un poco más adelante otro seno, que llamamos la imaginación... Después de esta potencia está un poco más adelante, en los mismos sesos, otro ventrecillo, que en los brutos se llama estimativa, y en los hombres, por ser en ellos más excelente esta facultad, se llama cogitativa, la cual es potencia más espiritual que las pasadas, y por esto puede concebir cosas que no tienen ni figura ni cuerpo... Últimamente, en esta postrema parte de los sesos, que están en el colodrillo, puso la memoria, la cual es más propia del hombre que de los brutos. Así discurrían aquellos varones verdaderamente sesudos; y sin tener la experiencia de los modernos, venían casi á proponer sus enseñanzas, sin caer en sus despropósitos.

Á fines del siglo pasado, Juan José Gall introdujo su sistema frenológico, repartiendo por el cerebro las facultades, y empadronándolas por su orden en determinado lugar. Confrontados los dos sistemas, fácil es de ver que,

¹ *Ibid.*, cap. iv.

² *Ibid.*, cap. viii.

³ *Introd. al Símbolo de la fe*, p. 1.ª, cap. cxxx.

aunque Huarte y Gall juzgaban el cerebro por órgano de las facultades del alma, pero el doctor español no dió en la extravagancia de señalar á operaciones intelectuales órgano y lugar proporcionado. Muy al revés: porque en el capítulo vi de su *Examen de Ingenios* dice así: «El entendimiento hace sus obras sin órgano corporal ni dependencia de él *in esse et conservari*... Pero porque el entendimiento tiene necesidad de las demás potencias para sus obras, y éstas tienen el cerebro por órgano para obrar, decimos que el cerebro humano ha de tener las condiciones que hemos dicho, para que el ánimo racional pueda con él obrar como conviene á las obras de su especie. Además, Gall apellidó las facultades humanas, según la variedad de los objetos y no según las diferencias de los actos, y á este tenor puso nombre á veintisiete potencias, deputándoles veintisiete puntos, á cada una el suyo, en la caja cerebral. No es mucho que el sistema de Gall saliese muy malparado, porque, no basándose en principios anatómicos ni fisiológicos, no podía menos de padecer baldones y muerte, y es un pasmo cómo alcanzó en toda Europa tanta celebridad en el espacio de breves años. Quiso enfrascarse en el laberinto de las pasiones para dictar leyes á la parte afectiva del alma; pero, divorciado de la doctrina escolástica, que hasta entonces se había contentado con localizar la sensibilidad, no podía esperar otra suerte sino caer en el descrédito y en su irremediable ruina.

Nuestros neo-sabios, embravecidos y embriagados con el progreso de sus invenciones, se han propuesto llevar más adelante su tema. Pareciéndoles, como es razón, que un órgano, necesario para el ejercicio de las potencias y maravillosamente dispuesto, todas sus partes debe tener ordenadas con gran sabiduría, no se han dado por

satisfechos con buscar, como Huarte, el asiento de las funciones de la vida sensitiva, ni como Gall el de la vida afectiva; sino que, arrogándose plena jurisdicción para fallar, escudriñando, hechos ojos, los rincones del cerebro, han querido determinar qué seno y parte de él sirve á las facultades intelectivas y morales. Afortunadamente, Flourens, que fué quien más diligencia desplegó en observar el encéfalo de los animales, de sus experiencias sacó que en los hombres no tienen residencias diversas las diversas facultades, sino que mediante el cerebro manifiesta el alma humana su actividad, sin que sea dable decir cómo ni en qué punto tasadamente. Después del año 1873, habiéndose enardecido el estudio de las localizaciones cerebrales, no ha sido el fruto igual á las ansias del deseso.

Aquí los materialistas han querido alzar bandera para embelesar á los incautos con la novedad de sus enseñanzas. No puede negarse, dicen, que en los hemisferios de los animales hay una zona sensitiva y otra motriz, adonde vienen á parar las impresiones sensibles y los movimientos; y así por analogía en el hombre también debemos admitir semejante región. ¿Pero es razonable proclamar la existencia de una zona particular en que vayan á converger los actos espirituales? No falta quien crea que sí. Brown-Séquard, 1876, moviendo armas contra las localizaciones, anunció este principio: «Todas las funciones que dependen del cerebro podrían conservar su vigor, aunque se deshiciese del todo un lóbulo cerebral entero; y, por consiguiente, es imposible probar la localización de los centros de las diversas facultades.» Otros, como Wundt, han resuelto que «de los efectos produci-

dos por haber quitado varias partes del encéfalo, no es lícito concluir, como á menudo se hace, que tal parte del cerebro sea órgano de tal función psíquica». El mismo Duval, materialista, no se atreve á declararse por las localizaciones. Á lo más, han llegado los fisiólogos á barruntar que los movimientos de la lengua tienen su centro en aquel punto donde el extremo de la circunvolución frontal ascendente se encuentra con la tercera circunvolución frontal perpendicular, que el centro de la parte inferior de la cara ocupa el extremo inferior de las dos circunvoluciones ascendentes, que los movimientos del brazo se reflejan en el tercio de la circunvolución frontal ascendente, y los de los miembros inferiores en el lóbulo paracentral; mas al cabo, esa distribución no sale de los límites de la vida sensitiva.

No han faltado empero autores, que llevados de la novedad hayan fijado en el lóbulo occipital el movimiento: aún más adelante pasó la fantasía del Dr. Luys en el orientar las potencias; porque en la más superior de las capas grises corticales situó la sensibilidad, en la capa media la inteligencia y en la inferior la voluntad. Casi el mismo orden siguió el licenciado en medicina y cirugía D. Francisco de Paula Xercavins, en una disertación leída ante la Academia Médico-farmacéutica de Barcelona con más audacia que suceso. Porque aunque haga profesión pública de espiritualista, y deseché con bizzarria la transformación de las sensaciones en ideas, y condene el origen material del pensamiento, en lo cual mereció con razón ser alabado por *La Scienza italiana*; todavía se pone en la pendiente trazada por los discipulos de Locke, que se nos venden por inspirados para descubrir en las

¹ *Cours de Physiol.*, 1883, p. 103.

² *La fisiologia en los fenómenos psicológicos*, 1881.

³ 1883, maggio, vol. 1, p. 470.

¹ Dr. HENRY DESPLATS: *Revue des questions scientifiques*, 1878, p. 276.

² *Physiol. humaine*, p. 582.

capas corticales del cerebro, órgano complicadísimo y apenas conocido, los arcanos de la vida racional. En otra disertación más reciente¹, prosigue el licenciado con estudio en su intento, sin temerse de los médicos materialistas y positivistas que cita, atando y reduciendo á las capas periféricas de la corteza cerebral las operaciones sensitivas, á las profundas las motrices, á las intermedias las intelectuales² y psíquicas. Que nuestro balear Amer llame el cerebro «instrumento necesario, aquí bajo, de las manifestaciones del alma», y que le estime *órgano instrumental de la inteligencia* en cuanto directamente lo es de la fantasía, y en cuanto indirectamente, por medio de la fantasía, ayuda al ejercicio de la virtud intelectual, se nos alcanza perfectamente, porque esta es doctrina de sana filosofía; pero que escritores espiritualistas anden buscando con ansia en qué lugar del cerebro aposentarán las operaciones puramente espirituales, y que, no obstante la falta de experiencias y razones, no vean el despropósito de su pretensión, es cosa difícil de entender, si no es suponiendo gran confusión de conceptos. Muchas, y no vulgares plumas han deshecho estos vanísimos vuelos y señalado con el dedo la flaqueza de la fábrica.

Á más de esto, los materialistas andan muy ufanos creyendo haber encontrado en la substancia cenicienta del cerebro una mina de razones con que debelar la espiritualidad del alma; y nos amenazan con el azote, y preparan ya las saetas con que herirnos de muerte. Oigamos las voces de Ferrière: «En estos últimos años se ha averiguado que son muchas y extensas las

¹ De la localización en las enfermedades del sistema nervioso, 1880.

² P. 63.

³ Dios y el Cosmos, 1880, p. 337.

⁴ Revue des quest. scientifiques, 1877, p. 68.

energías, mediante las cuales movemos los miembros y percibimos las cosas externas; y así el alma no puede ser sino extensa y material». Es muy gran verdad que los fisiólogos y los anatómicos tratan largamente de «centros motores y perceptivos», hallados en la substancia gris; mas no tienen por qué triunfar y gozarse con la novedad de su descubrimiento. Hemos visto arriba cómo el P. Fr. Luis de Granada repartía por el cerebro y cerebelo las potencias sensitivas; su doctrina dijimos era la de muchos antiguos y de los Escolásticos de su tiempo. Ya Alberto Magno alojó el sentido común en el primer ventrículo, la estimativa en el segundo, la memoria y fuerza motriz en el tercero. Otros demarcaron diferentemente el territorio de las facultades sensitivas. Pero todos los Escolásticos se ajustaron entre sí en dejar sin arrimo y en pie las facultades espirituales, entendimiento y voluntad. Sabían aquellos varones esclarecidos que las potencias de la vida vegetativa y sensitiva son orgánicas, y no se ejercitan sino con el concurso de órgano corpóreo, y que cada una debe tener su oficina en parte señalada: no así las espirituales; por eso no se atrevieron á enclavarlas y asegurarlas en el encéfalo.

«Naturalmente no puede suceder que el hombre sea arrebatado á la contemplación de Dios sin que coopere el sentido externo ó interno», decía el P. Suarez³; sin embargo, tratando de las visiones llamadas por los místicos *intelectuales*, confiesa el esclarecido Doctor con todos los teólogos, que no hay repugnancia en que la mente del hombre sea levantada á la divina contemplación, sin que la fantasía concurra ni coopere en modo alguno, por no ser tan esencial su cooperación que no pueda suplirse suficientemente por la

¹ L'âme est la fonction du cerveau, 1883.

² De Religione, lib. II, cap. XIV, n. 3.

divina virtud. Y san Ligorio⁴ confirma esta doctrina de los teólogos con las visiones espirituales de santa Teresa de Jesús.

Mas los materialistas, para quienes todas las potencias son *energías orgánicas* sin diferencia, perdido el respeto á la docta antigüedad, truecan la razón por el sentido, las facultades superiores las humillan á la bajeza de las inferiores, hacen del alma juego de sesos, y creen que porque haya «centros motores y perceptivos», ya el alma no es posible que sea espiritual. Gallardamente el clarísimo Dr. Vicente Liverani, apoyado en las doctrinas de Santo Tomás, desbarata todas las máquinas de Ferrière, diciendo, entre otras cosas: «No se arroja la Escolástica al imperdonable despropósito de confundir el alma con la función del cerebro; únicamente coloca en el cerebro las facultades sensitivas superiores del alma: esto y nada más piden los hechos, la recta razón y la universal creencia de los hombres; y esto es lo que basta para interpretar la causa, la naturaleza, el mecanismo, los síntomas y la terapéutica de cualquiera suerte de frenopatías crónicas ó agudas».

Según la doctrina de este esclarecido médico, que es la de los Escolásticos; ¿qué fuerza pueden hacer argumentos asestados con tanta sinrazón contra la espiritualidad del alma? Ninguna por cierto. ¿Exigen los modernos que el cerebro sea indispensable al ejercicio de la vida racional en el estado presente? De plano gustosos se lo otorgan todos los Escolásticos. ¿Quiéren que el entendimiento tenga dependencia del cerebro? Ningún filósofo de la Edad Media se la negará. ¿Pretenden que no podamos pensar sin fantasmas y que la imaginativa sea

potencia orgánica que deba su obra al cerebro? Verdad palmaria es en buena filosofía. Mas, ¿qué concluyen de ahí? ¿Que el entendimiento es potencia orgánica, como lo son la sensibilidad y la imaginativa? Pero, ¿cómo no ven que la dependencia del entendimiento es mediata y la de las facultades orgánicas es inmediata, y que por consiguiente de tener éstas órgano corpóreo no se sigue que aquél le deba tener? La congoja aprieta el corazón y no puede el ánimo sufrir que hombres como Tyndall, Bois-Reymond, Moleschott, preconizados por oráculos de ciencia, en tocando los términos de la psicología se enreden en un laberinto de desatinos y vengan á confundir las más elementales nociones.

Hablan de la estesiometría, arte de medir las sensaciones. Fechner, tras de largas experiencias, establece esta fórmula analítica

$$d y = \frac{k dx}{x}$$

en que y representa la intensidad de una sensación precedente, x la fuerza de la excitación que le corresponde, k la cantidad constante. Integrando la ecuación, resulta $y = k \log x$; la cual dice que la intensidad de una sensación es el logaritmo de su excitación multiplicado por una constante: es decir, que si la excitación crece siguiendo proporción geométrica, la sensación sigue proporción aritmética. Hagamos $x=1$; tenemos $y=0$; para $x=0$, $y=-\infty$; soluciones absurdas; las cuales dicen que á la intensidad como uno no corresponde sensación, y que á una intensidad nula toca una sensación infinita negativamente. Dando valores á la variable, viene la función á obtener valores sin cuento entre ambos infinitos. ¿Es concebible tal serie de sensaciones? ¿Es posible? Verdad es que los fisiólogos materialistas, advirtiendo cuán vanos los saltan los resul-

¹ Ibid., n. 4.

² Praxis Confess., n. 139.

³ Essai critique, 1886, p. 45.

tados de su fórmula, establecieron dos límites, inferior el uno, en que la sensación es imperceptible, el otro superior, en que la sensación se transforma en dolor; y entre ambos límites extremos se verifica, dicen, la propiedad de crecer la sensación como el logaritmo de la excitación. Pero, fuera de que no ha faltado quien enmendase la expresión algébrica de Fechner¹, Hering² y Coutto³ se conjuraron contra ella poniendo á la vista absurdos é inconvenientes. ¿De dónde nace el absurdo principal, sino de que Fechner no cuenta con el estado de los órganos, ni con la condición del cuerpo, ni con la virtud sensitiva del alma? Tres cosas que complican extrinsecamente el problema y hacen que la fórmula antedicha claudique por entrambas partes. Con otras razones vuelve por la sana filosofía D. Antonio Fajárnés, probando que la sensibilidad no se reduce á movimiento físico, y desbaratando la ley de Weber formulada por el antedicho Fechner⁴.

Pues á la manera que los modernos materialistas llaman la sensibilidad fuerza molecular, tampoco tienen empacho en apodar con ese nombre la memoria, imaginativa, entendimiento, voluntad, sin otra razón sino porque dependen de órgano corpóreo. ¡Ah! Orgullosos con las grandezas del progreso, han cerrado los ojos á todo rayo de luz y de verdad. ¿Y qué repugnancia no han de causar los despropósitos que con rostro tan sereno escriben en sus libros? ¿cuanto más combatirlos y enojarse con ellos? Decía Tyndall en su discurso de Belfast: «Pensamos y sentimos porque tal es la

¹ BEAUNIS: *Nouveaux Eléments de physiologie humaine*, 1881, p. 1335.

² DELBOUF: *Recherches sur la mesure de sensations*, 1873.

³ UBER: *Fechner's psychophysische Gesetz*, 1877.

⁴ Note on Fechner's law; *Journal of physiol.*, t. I.

⁵ Principios de Metafísica: *Psicología*, 1889, capítulo VII, p. 238.

suerte de las combinaciones materiales que hacen que pensemos ó sintamos..., siendo la última razón de todo la vida cósmica». ¿Qué será la vida cósmica en los labios de Tyndall? ¿Por ventura la vida vegetativa, sensitiva, racional, angélica? ¿Acaso la vida mineral: vida muerta que ni es muerte ni vida? La humana estulticia es capaz de mayor disparate? Cubramos con el velo de una profunda admiración la soberbia de los positivistas, que perseveran en su ceguedad pensando que ellos solos ven: por qué pensamos, por qué queremos, cómo deseamos, dónde discutimos, ni lo explican ni lo explicarán todos los mecánicos juntos con sus movimientos reflejos, ni los transformadores químicos con su mágica secreción, ni los positivistas con los fuegos fatuos de la vida cósmica. Analizar los actos de un ser espiritual, contar su generación y progresos, y luego querer persuadir al vulgo sensato que todo es materia y movimiento local, raya en frenesí; es maltratar indignamente el discurso de la razón.

De estas propiedades del alma humana podemos ya colegir cuán por extremo se opone y excede á la rudeza de la materia. Porque el alma es activísima y libérrima en sus operaciones; la materia es pasiva y ciega, y solamente de causas exteriores recibe impulso: el alma piensa y razona sin influjo de agentes externos; la materia no se mueve á sí misma, y movida sigue el impulso recibido: el alma compone sus pensamientos sobre cosas inmatrimales; la materia, de objetos materiales se nutre y vive: aquella, se determina por sí propia á obrar; ésta, obra necesariamente en virtud de la inercia que tiene: aquella libra conceptos universales y purísimos; los productos de ésta son toscos y concretos: aquella es simplicísima y exenta de partes; ésta es extensible, y puesto caso que se conciba com-

puesta de átomos indivisibles, repugna á cada átomo la pureza y simplicidad del alma: en fin, la región en que el alma espacia su generosidad es altísima y apartada de las cosas sensibles. Cuando, pues, Locke¹ intentó dar á la materia capacidad de pensar, y cuando algunos modernos blasonan igual arrogancia, no hacen más que delirar y hacer pública su insensatez.

No menos desatinadamente discurren los que, para negar al alma humana la excelencia de su condición, la asimilan á la de los brutos, haciéndolas ambas inmatrimales y simples. Ciego ha de estar quien no descubra luego la infinita distancia. Porque los animales, por perfectos que sean, van sujetos á una ley irresistible que los necesita y dirige en todas sus operaciones; los hombres son muy señores de sí gozando de entera libertad: los animales nacen enseñados, sin poder enseñar á otros, en el arte de obrar conforme á sus naturales instintos; los hombres vanse poco á poco, y con trabajo aprenden, con facilidad enseñan y no se hartan de saber: los animales nunca salen desu paso, y si alguna cosa aprenden, al hombre se lo debieran agradecer, y ni aun de lo aprendido sacan provecho; los hombres por el contrario, se glorian de inventar, en saber ponen su ahínco, en instruir á otros cifran su bien, y de tal manera aprovechan, que tal vez sobrepujan los discípulos á sus maestros, los hijos á los padres, los jóvenes á los ancianos: los animales, viviendo atolados en la tosquedad de la materia, en dar pábulo á los sentidos y á sus apetitos satisfacción colocan todo su contenido; mas los hombres, sin los rayos del ejercicio mental parecen muertos, sin la suavidad de los dulces afectos se les hace áspero y fragoso el camino de la vida, en las altas consideraciones

se recrean y viven, en los placeres del espíritu descansan, huelgan y ponen todo su contentamiento. En fin: considerada con atención la índole del alma humana, á causa de su espiritualidad, se aventaja á la de los brutos con preeminencia y traspasa su condición con incomparable hermosura.

Altamente colocaba el señorío de nuestras almas el inmortal León XIII en su Encíclica *Libertas* diciendo con soberana elocuencia: «El hombre puede juzgar de la contingencia, como la llaman, de estos bienes que decíamos, á causa de tener un alma por naturaleza simple, espiritual, capaz de pensar, la cual por ser de esta naturaleza, no trae su origen de las cosas corpóreas ni depende de ellas en su conservación, antes creada por Dios sin intermedio alguno, y traspasando á larga distancia la condición común de los cuerpos, tiene un modo de vivir propio suyo y modo no menoscario de obrar, con lo cual abarcando con el juicio las razones inmutables y necesarias de lo bueno y lo verdadero, conoce con evidencia no ser en manera alguna necesarios aquellos bienes particulares.»

ARTÍCULO IV.

Inmortalidad del alma.—En qué razones se funda.—La inmortalidad no es facultativa.—Estado de separación.—Testimonio de la antigüedad.

DEMOSTRADA la espiritualidad del alma, digamos de su inmortalidad y eterna duración. El llamar al alma inmortal no es decir que no pueda perder el ser, y que tenga Dios necesidad absoluta de conservarla, sin quedarle mano para privarla de su concurso y soberana influencia; porque ese linaje de inmutabilidad claro está no que cuadra con la dependencia de los espíritus criados: el aclamarla inmortal denota que, mirada en sí, no tiene entidad corruptible

¹ *Ensayo filosófico*, I, IV, cap. III.